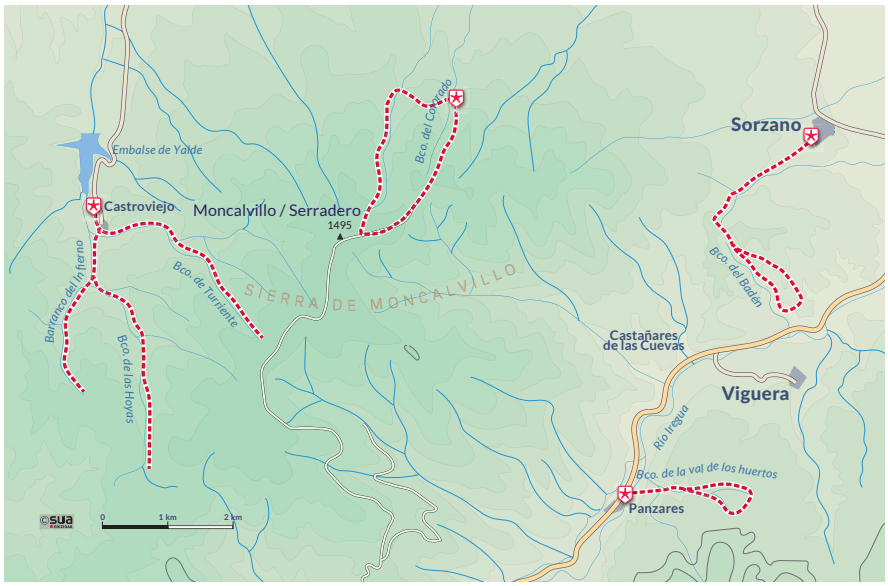
LA RIOJA
BARRANCOS DEL SERRADERO

En muchas ocasiones, nos echamos a la carretera decididos a recorrer grandes distancias en busca de lugares recónditos, de paisajes vírgenes poco visitados o poco alterados por las actividades humanas. Sin embargo, hay veces que esos pequeños paraísos son más asequibles y están más cerca de lo que imaginamos, justo a la puerta de casa. Su exploración no exige apenas planificación, ni grandes desplazamientos, ni penosas marchas de aproximación. Tan sólo un poco de curiosidad y una buena base cartográfica como la del IGN. Esos dos ingredientes bastan para descubrir, o redescubrir, rincones extremadamente pintorescos y muy poco conocidos.

TEXTO Y FOTOS

Iñigo Jáuregui

Docente de profesión y antropólogo de vocación, el mayor legado que heredó de su padre fue la pasión por las montañas. Una pasión que le acompaña desde hace cinco décadas y que sigue tan viva como el primer día.



Tramo superior del Barranco del Colorado (Daroca)

Los seis recorridos que describimos a continuación poseen alguno de los rasgos que acabamos de mencionar. No sólo se sitúan a escasos kilómetros de Logroño, en un radio de poco más de 20 kilómetros, sino que apenas reciben visitas porque al discurrir por el interior de otros tantos barrancos (Infierno, Las Hoyas, La Turriente, Colorado, Badén – Peñas Juntas, Val de los Huertos) pasan completamente desapercibidos, incluso para los montañeros locales. No obstante, pueden recorrerse a pie sin el auxilio de medios técnicos auxiliares, porque ninguno de ellos entraña dificultades de importancia. Ahora bien, dada la inestabilidad de los terrenos que atraviesan y el aislamiento en el que se encuentran, resulta imprescindible actuar con prudencia y extremar las precauciones, sobre todo, en caso de lluvia.

Todos, salvo uno, se localizan en el tramo final del Camero Nuevo, en las estribaciones o zócalo sobre el que se levanta la Sierra del Serradero – Moncalvillo. La combinación de areniscas ocres, fácilmente erosionables, y de conglomerados con distintos grados de cementación y la abundancia y frecuencia de las precipitaciones son los factores que explican su proliferación. La suma de estos dos elementos ha provocado la aparición de más de una docena de barrancos de distintas dimensiones en el perímetro exterior de esta sierra, entre las localidades de Castroviejo y Panzares. Si los frecuentamos y examinamos de cerca, veremos que actúan como desagües naturales canalizando el agua que cae sobre las cumbres y laderas del Serradero y Moncalvillo, conduciéndola hasta las cuencas de los dos ríos que fluyen por sus flancos: Iregua (este) y Najerilla (oeste).

BARRANCO DEL INFIERNO (CASTROVIEJO)

Al acercarnos a Castroviejo, la localidad a la que hay que dirigirse para visitar este lugar y los dos que se reseñan a continuación, no hay ningún aspecto de su relieve que destaque o reclame nuestra atención. Su aspecto geográfico es, aparentemente, inofensivo y lo es porque las numerosas quebradas que lo rodean o están fuera de la vista, o se ocultan bajo las copas de las hayas que cubren las laderas inmediatas.

Para alcanzar nuestro primer objetivo, es preciso atravesar el pueblo, descender hasta el lugar en el que se levantan la piscina, el frontón y el área recreativa y, finalmente, estacionar el coche. Una vez en este punto, cruzamos el principal tributario del Yalde y avanzamos unos minutos por la pista que acompaña al curso del río. Tras unos centenares de metros (0 h 15 min), vadeamos el cauce y al llegar a una curva que gira bruscamente a la izquierda, abandonamos el camino siguiendo los senderos abiertos por el ganado. El murmullo del agua nos advierte de la presencia de un arroyo que no tardamos en localizar (0 h 25 min).

Tras el feliz encuentro, avanzamos aguas arriba siguiendo la zanja que ha excavado el torrente. A izquierda y derecha de la trinchera por la que fluye, se levantan sendos taludes y un dosel de hojas de haya que filtra los rayos de sol. La penumbra, las sombras y el silencio reinante en este paraje hacen que, por un momento, creamos que estamos lejos, muy lejos de la civilización. Superamos uno, dos, tres meandros y finalmente, alcanzamos (0 h 50 min) una cascada con forma de cola de caballo que no rebasará los diez metros de altura. En la parte alta de la misma, existe una sirga que fue instalada hace una quincena de años para facilitar el acceso a la parte superior. Sin embargo, desechamos esa posibilidad contentándonos con observar la colada de toba caliza por la que se desliza el agua y las hepáticas y helechos que crecen por todas partes.

Para regresar, desandamos el camino que nos ha traído hasta aquí. Al hacerlo, descubrimos que la falda izquierda está atravesada por varios senderos y que su trazado no es obra de las vacas sino de los jabalíes, ciervos y corzos que bajan aquí a beber.

BARRANCO DE LAS HOYAS (CASTROVIEJO)

Iniciamos este itinerario en el mismo punto que el anterior, pero en lugar de salirnos del camino para girar a la derecha (0 h 20 min), continuamos pendiente arriba en dirección

NOTAS GENERALES ACERCA DE LOS BARRANCOS

Los barrancos son surcos excavados en la tierra o en las rocas blandas por diversos agentes. También se da ese nombre a los valles formados por ríos y torrentes de montaña al atravesar rocas de especial dureza tales como cuarcitas, calizas o conglomerados. Por ese motivo, la mayoría de los barrancos existentes en La Rioja se localizan a lo largo del zócalo montañoso que atraviesa la mitad sur de la Comunidad.

No hay dos barrancos iguales, ni siquiera los que atraviesan el mismo tipo de rocas. Su diversidad depende, en buena medida, de las especies de flora y fauna que albergan, del régimen de aguas que registran, de su orientación, de su altitud o de los fenómenos geomorfológicos a los que se han visto sometidos.

Todos los barrancos, sean cuales sean sus características, proporcionan unas condiciones tan especiales de humedad, luz y temperatura que facilitan el crecimiento de una vegetación tan diversa como exuberante. En ocasiones, la falta de insolación facilita el crecimiento en altura de muchos árboles, un factor que, unido a la edad, da como resultado la aparición de ejemplares excepcionales por su tamaño, elegancia o longevidad. Al mismo tiempo, la combinación de diversos factores posibilita la supervivencia de comunidades relictas que poco o nada tienen que ver con las que crecen a su alrededor, en espacios abiertos. Estas y otras cualidades convierten a los barrancos en pequeños islotes, en cápsulas del tiempo capaces de preservar especies vegetales y animales insólitas o poco habituales.

Las plantas y animales que se refugian en el fondo de estos accidentes orográficos recuerdan, en ocasiones, al Jardín del Edén por el vigor con el que crecen y se reproducen y por la diversidad que reina en los mismos. Una diversidad determinada por las necesidades de cada especie, el espacio disponible y factores tales como las dimensiones, morfología y profundidad de la depresión; disponibilidad del agua; calidad, composición y potencia del suelo; exposición a la luz o características geológicas y edafológicas de los materiales que forman las paredes y el suelo.

del Serradero, el paraje donde se localiza el nacimiento del Yalde. Al finalizar el bosque de hayas, un poco antes de llegar al abrevadero que anuncia la presencia de ganado (1 h 05 min), nos desviamos a la izquierda para descender y seguir el cauce del río.

El tramo inicial es fácil de seguir y permite eludir el agua. Sin embargo, a medida que avanzamos, el cauce no solamente se hace más tortuoso, sino que comienza a hundirse y excavar el lecho de conglomerados, la formación geológica dominante. Las primeras badinas (1 h 35 min) nos anuncian la existencia de un tramo rocoso que, ahora sí, exige entrar en el agua. Las paredes se acercan dando paso a una sucesión de toboganes, pozas y marmitas que contribuyen a que el ambiente mejore considerablemente. Las últimas tormentas han atiborrado el cauce de troncos y ramas que han contribuido a la formación de pequeños diques naturales que interrumpen el flujo del agua.

Varias pozas consecutivas nos depositan en el tramo más profundo del barranco

Las rocas ceden su lugar (2 h 10 min) a una sección más sencilla en la que observamos la existencia de un arroyo lateral que aporta más caudal al río. Finalizada esta parte (2 h 30 min), una alambrada instalada sobre el cauce para evitar el paso de las vacas nos anuncia el regreso de las dificultades. Estas últimas

Vista general de las formaciones geológicas atravesadas por el Barranco del Badén (Viguera)

Raíces aéreas de un haya localizada en el Barranco del Colorado (Castroviejo)

Cascada principal del Barranco de las Hoyas (Castroviejo)

se materializan en forma de cuello de botella, tobogán, cascada y marmita (2 h 40 min). Esta parte es, con diferencia, la mejor, la más emocionante de todo el recorrido y tan sencilla que no requiere el empleo de cuerda. A partir de aquí, varias pozas consecutivas nos depositan en el tramo más profundo del barranco: un tajo de una decena de metros de profundidad, un paraíso verde, chorreante y húmedo, propio de otras latitudes y tapizado de helechos, hiedra y distintas variedades de plantas hidrófilas (2 h 50 min).

Al finalizar el tramo anterior (3 h), las paredes se apartan y la rambla se apacigua hasta confluir con la pista (3 h 15 min) que nos devuelve al área recreativa (3 h 30 min).

BARRANCO DE LA TURRIENTE (CASTROVIEJO)

Abandonamos el aparcamiento, remontando la orilla en la que se levanta el frontón hasta un pabellón ganadero con cubierta verde (0 h 15 min). Inmediatamente después, la pista desaparece reemplazada por un sendero cubierto de cantos rodados de gran tamaño. Seguimos ganando terreno por las terrazas que flanquean el cauce hasta una bifurcación en la que confluyen dos arroyos (0 h 30 min). Si continuamos de frente hacia el sur-este, llegaremos a nuestro objetivo; si por el contrario giramos a la izquierda, en dirección este, alcanzaremos otro barranco muy similar que responde al nombre de Los Pinos de la Nava.

La primera dificultad que se nos presenta lo hace en forma de dique (0 h 45 min), un dique artificial que bloquea el valle y se extiende de un lado al otro del mismo. Desconocemos su función, pero es posible que se construyera para prevenir las avenidas de agua o contener el arrastre de piedras. Sea como fuere, superamos el obstáculo por la derecha y comprobamos que la construcción hace mucho tiempo que dejó de cumplir su cometido, porque está completamente colmatada de sedimentos.

La progresión continúa por el fondo mientras las paredes van ganando altura. A nuestra izquierda se levanta un muro de arcilla de 20 metros coronado por quejigos; a nuestra derecha, una ladera tapizada de hayas (0 h 55 min). En otros diez minutos, la quebrada se transforma completamente para dar paso a una estrecha hendidura, cuya anchura coincide con la de unos brazos extendidos en forma de cruz. Nos internamos en ella extremando las precauciones, sirviéndonos de manos y pies. Tras superar una corta cascada, el agua desaparece para dar paso a un hayedo que marca el final del recorrido (1 h 30 min). Las posibilidades que se nos presentan a partir de este punto son dos: la primera, volver por donde hemos venido y, si lo deseamos, visitar el Barranco de Los Pinos; la segunda, continuar ladera arriba. Si nos decidimos por esta última, debemos tener en cuenta que no existe camino alguno y que para llegar a la pista más próxima, situada 200 o 300 metros por encima de donde nos encontramos ahora, hay que sortear una maraña de espinos, zarzas y escobas que pondrá a prueba nuestra paciencia.

Descenso del tramo superior del Barranco del Colorado (Castroviejo)

BARRANCO DEL COLORADO (DAROCA DE RIOJA)

Se trata del barranco más espectacular y de mayores dimensiones de cuantos aparecen descritos en este artículo. Si lo examinamos desde una prudente distancia, enseguida nos daremos cuenta de que nos encontramos ante el accidente geográfico más reconocible y representativo del Serradero – Moncalvillo. Si, por el contrario, nos sumergimos en sus entrañas y lo recorremos íntegramente, descubriremos un mundo perdido, un escenario fascinante, poco alterado por la mano del hombre y a ratos peligroso, en el que domina la penumbra y por el que transitan y se refugian jabalíes, corzos, venados, tejones, ginetas, cabras asilvestradas, tejos, acebos, abedules, mostajos y maguillos.

Pero aún hay algo más, algo que muchos desconocen. Su aspecto amenazador, su aislamiento, su extraordinaria silueta, su coloración rojiza o la combinación de todos los elementos que acabamos de mencionar, han excitado hasta tal punto la sensibilidad o la imaginación de los vecinos de algunas localidades de la Rioja Alavesa, que estos no han dudado en relacionar su existencia con un hecho tan fantástico y fuera de lo común como es la presencia del demonio. De ahí que digan, y lo hagan sin ningún género de duda o de sarcasmo, que el Colorado es el lugar que eligió el diablo para sepultar a su madre.

Leyendas aparte y desde el punto de vista geológico, el barranco está compuesto por areniscas, arcillas terciarias y conglomerados poco cementados en su cabecera que afloran en el tramo medio y bajo. Morfológicamente, se pueden distinguir tres secciones: la cabecera, caracterizada por la existencia de tres ramificaciones; la media, comprendida entre dos cascadas, y la inferior que se prolonga hasta las inmediaciones de Daroca. En la parte superior, los desprendimientos provocados por la erosión remontante son tan habituales que desaconsejamos su visita.

Cambiamos de escenario, vertiente y municipio trasladándonos hasta Daroca. Para llegar hasta el punto de partida, hay que dirigirse a Hornos de Moncalvillo, tomar un desvío situado junto a un complejo destinado al turismo activo y recorrer cinco kilómetros hasta un paso canadiense que atraviesa la calzada. Estacionamos el vehículo en una explanada y cruzamos una cancela en la que un cartel advierte de la existencia de ganado suelto y solicita cerrar la puerta. Tras este recorrido de aproximación, caminamos por una pista forestal bien trazada sin desviarnos de la misma.

Un regato, un paso encementado y comenzamos a ganar terreno hasta un pinar en el que, aparentemente, acaba el carril (0 h). Des-

Otoño desde las faldas del Serradero (Daroca)

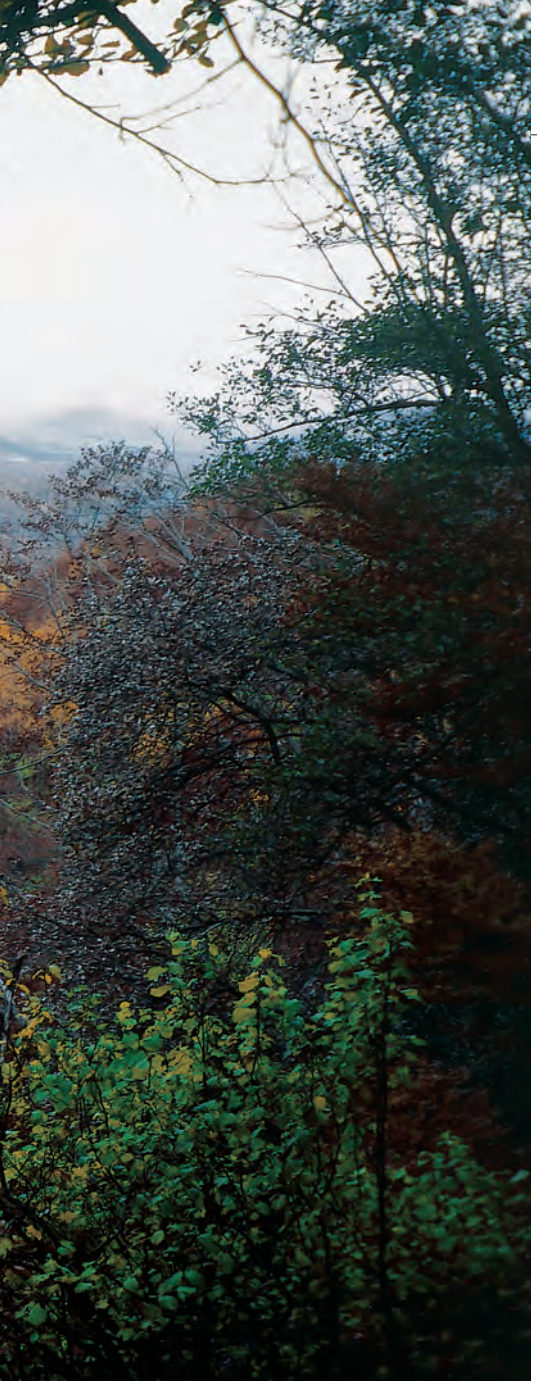
pués de varios titubeos, hallamos una trocha que, sin perder ni ganar altura, se interna en el bosque evitando troncos y zarzas. Cruzamos el cauce de un arroyo y, finalmente, alcanzamos la sección media del Barranco del Colorado (0 h 40 min). Extremando las precauciones, descendemos hasta el fondo por una pequeñísima repisa para observar de cerca su morfología y las cascadas que separan este tramo de los limítrofes (0 h 55 min).

El terreno en el que nos encontramos es muy inestable. Las paredes y laderas se deslizan constantemente mientras que el lecho de conglomerados sigue erosionándose. Al cabo de un rato, reemprendemos la marcha (1 h 15 min) ascendiendo y abriéndonos camino por la vertiente opuesta. Después de superar la rampa inicial y girar a la derecha, cruzamos un bosquete de tejos y acebos sin perder de vista la hendidura (1 h 25 min). El sendero es delicado y muy expuesto, pero nos permite situarnos por encima de la cascada y acceder a la sección superior. Una vez en ella, no queda otra que buscar la salida. Para hacerlo, remontamos la pendiente salvando los bloques que tapizan el suelo. Las laderas, de las que no quitamos los ojos, poseen un tono rojizo o anaranjado inconfundible y son sumamente inestables. Cerca ya de la cabecera (1 h 50 min), experimentamos cierto desconcierto al observar que el barranco se ramifica y que no existen pistas sobre el camino a seguir. Al final, descubrimos, no sin una sensación de alivio, nuestro acierto al desviarnos a la izquierda, la única ruta viable para llegar arriba, al pinar que circunda al Colorado (2 h 5 min).

Desde este lugar, existen dos alternativas para regresar. La primera, atravesar el bosque en dirección ascendente hasta el cortafuegos que recorre el cordal y desde ahí, continuar hasta las antenas de telefonía y la carretera de Moncalvillo. La segunda, salir al mismo cortafuegos para, posteriormente, abandonarlo en busca de un segundo barranco que corre paralelo al que acabamos de conocer y que responde al nombre de Barranco Cabañas. El tiempo estimado para completar cualquiera de los dos recorridos es de 1 h 30 min.

BARRANCO DEL BADÉN (VIGUERA)

Este barranco reúne dos condiciones: cercanía y espectacularidad. Ambos factores han hecho



que se convierta en un lugar frecuentado y bastante popular entre los logroñeses. Aunque su acceso puede realizarse desde Sorzano o desde el túnel de Islallana, es más aconsejable y fácil hacerlo desde la primera localidad.

Partiendo de la plaza del pueblo, atravesamos el mismo hasta una granja porcina situada en las afueras (0 h 10 min). Proseguimos por la parcelaria dejando atrás un chalé y una explanada sobre la que se levanta una portería, señal inequívoca de que aquello, en tiempos, fue un campo de fútbol (0 h 25 min). En este punto, nos apartamos de la pista principal para continuar por un camino a la izquierda que primero nos conduce a una cancela (0 h 35 min) y, a continuación, a un pinar de repoblación (0 h 45 min).

Después de un breve repecho, volvemos a girar a siniestra para dirigirnos a lo que parecen ser tres o cuatro puestos de palomas y, desde ahí, a un refugio de cazadores semioculto entre los árboles (1 h). Llegados a este lugar, descendemos por el bosque hacia el fondo de la depresión hasta dar con una pronunciadísima rampa que marca el comienzo del barranco (1 h 15 min). La ruta que discurre por su interior es muy fácil de seguir, basta avanzar por el camino en dirección descendente para contemplar todos sus atractivos. Entre ellos cabe destacar: el paraje de Peñas Juntas, llamado así por eso precisamente, por la existencia de un monolito de miles de toneladas y 30 metros de altura que, al romperse, ha acabado apoyándose en una de las paredes; la grieta de 150 metros de longitud que atraviesa uno de los muros del desfiladero y un barranco lateral, extremadamente angosto, denominado Barranco de Los Infiernos. Este último se encuentra junto a la salida, en el extremo inferior izquierdo de la quebrada y muy cerca del corral que marca el final de la ruta. Salvo algún que otro bloque empotrado y una salida muy, pero que muy pendiente, no presenta dificultades insalvables.

El tiempo estimado para conocer los rincones que acabamos de citar o para visitar Los Infiernos es de una hora aproximadamente, una hora que se suma al tiempo que debemos emplear para volver a Sorzano.

BARRANCO DE VAL DE LOS HUERTOS (VIGUERA)

Este barranco se localiza en la margen derecha del Iregua, a escasos metros del pueblo de Panzares y, por consiguiente, no forma parte de las estribaciones del Serradero sino de las de Cerroyera y el Camero Nuevo. A pesar de ello, su morfología, su aislamiento y la diversidad de especies vegetales que se refugian en su interior lo convierten en un destino sumamente atractivo.

Para llegar hasta él, tomamos la N-111 y justo antes de llegar a Panzares, en una curva con poca visibilidad, nos desviamos a la izquierda por un camino que cruza el Iregua hasta la orilla opuesta. Desde aquí (0 h), caminamos río abajo para tomar un sendero a la derecha (0 h 5 min) que se interna en la espesura. La entrada del barranco, una enorme visera de conglomerado no tarda en aparecer (0 h 15 min), así como unas marcas de pintura roja y amarilla que delatan la existencia de visitas previas.

El sendero ha sido desbrozado recientemente y presenta muchas menos dificultades que en el pasado. Aguas arriba, llegamos a una bifurcación que marca el inicio de un barranco secundario llamado Valtezán (0 h 25 min) y al tramo más angosto y umbrío de todo el recorrido (0 h 35 min). Las paredes se elevan sobre nuestras cabezas 30 o 40 metros, es difícil precisarlo. La hiedra y las plantas trepadoras cubren las paredes y en el suelo abundan los fresnos y los depósitos de humus. Al seguir avanzando, descubrimos la existencia de un corral en ruinas (0 h 45 min) cuya presencia constituye todo un misterio y un enorme bloque empotrado (1 h) que presagia el fin de la ruta. Efectivamente, cuando lo bordeamos tropezamos con una cascada con forma de cola de caballo que impide progresar a menos que ascendamos por ella. En lugar de hacerlo, desandamos unas decenas de metros y tomamos una rampa a la izquierda que nos conduce a lo alto de un farallón (1 h 20 min), desde donde se divisa el Castillo de Viguera y la trinchera que acabamos de explorar.

Para regresar, la opción más atractiva consiste en seguir la Vía Romana del Iregua y, al llegar a la altura del pico Tramungos, girar a diestra y descender buscando la cabecera del Barranco de Valtezán y unas marcas de pintura roja y amarilla que nos guiarán hasta el inicio de la ruta.

Hayas recortadas contra el cielo en el Barranco de la Turriente (Castroviejo)